

de Larrea, más allá de Arboro y de Galarza, hay pueblos y ciudades?

¿No han sentido alguna vez el estímulo que empuja a la emigración?

Dentro de treinta, de cuarenta años, dirán lo que hoy dicen sus padres y sus abuelos:

Me dejó aquí mi abuela,
y aquí me encontrará,
cuando vuelva.

Y ¿la escuela?

Los niños de la montaña—como los niños de todas partes—son poco aficionados a la escuela.

La disciplina, el orden que reina en la escuela, no se compadece bien con el nerviosismo de los niños.

Un pequeño montañés dejó de asistir a la escuela toda la semana de la Ascensión.

El lunes siguiente tomó todo género de precauciones. Se lavó la cara; se frotó—al entrar en la escuela—las narices con la bocamanga lustrosa de su blusilla; se estiró, se miró, y se acercó—tembloroso—al pupitre del señor maestro.

LOS NIÑOS DE LA MONTAÑA

Este — perfecto conocedor del temperamento montañés—le dirigió algunas preguntas acerca de su ausencia en la semana anterior.

Y el pobre niño, haciendo—como exordio—una bonita colección de muecas, dando vueltas a la boina entre sus manos, y mirando con ojos de carnero al buen maestro, le dijo:

Lunes, rogativa;
martes, rogativa;
miércoles, rogatón;
jueves, la Ascensión;
viernes, coció mi madre;
sábado, no pude venir, señor.



EL DOMINGO EN LA MONTAÑA

Domingo.

Un domingo de luz cegadora, atmósfera clara, cielo intensamente azul.

Un cielo reducido, cortado por la cinta semicircular de la serranía, como una original capota.

La fuerza ardorosa del sol — triunfador con Canícula—lucha en las alturas con el empuje bravío de un cierzo deseado, consolador.

Vacila el mercurio del único termómetro.

El domingo en la aldea es un día de quietud absoluta, de reposo bienhechor, día sedante y reparador.

Cantan con más sentimiento los tordos y las charras en Basa-bidea y Donustebia, y en los cerezales de Legurria.

No temen sorpresas agresivas.

El ganado pace y rumia en Okalanduia.

EL DOMINGO EN LA MONTAÑA

Descansa el campo, cubierto con un toldo de espigas.

Parece que las casas son más blancas; las calles, más limpias; el sol, más claro; el ambiente, más amable.

Terminaron las Vísperas.

Asistió a ellas todo el pueblo.

No sabrán interpretar la belleza de los salmos, ni la anagogía de la liturgia católica, pero saben orar con gran recogimiento, mientras el señor cura y la élite aldeana—sentados ante un pesado facistol—van alternando monótonamente en el canto de los versículos.

Cuando termina la función religiosa, se impone el desmembramiento.

Cada individuo tiene asignada su sección.

Silenciosamente—el silencio es la *muletilla* del aldeano—van saliendo del templo.

Los hombres quedan en el pórtico—un pórtico-observatorio—desde el que se domina un fértil valle, cerrado por la cordillera de Cantabria.

La charla es animada y bulliciosa, rota—

a intervalos—por algunos compases de espera, necesarios para reflexionar y poder dar forma a una observación acertada.

Durante la semana, la incomunicación ha sido casi absoluta.

El domingo es el día destinado a la tertulia, a los comentarios, a la exposición y discusión de proyectos, a la censura y al aplauso officiosos. Las veredas, el molino, la subasta de recursos forestales, el regadío...

Es el día de las honestas expansiones, de la sincera fraternidad, de la íntima convivencia.

Las mujeres toman otro rumbo. En el *Portalico* y en la plaza quedaron unas perrillas y hay que rescatarlas...

Forman corrillos divertidos y ruidosos, donde se tira de la oreja—con gran suavidad—al paciente Jorge. El juego obligado es el *tomate*. Circula el caparrón-moneda.

Las mozas y los niños juegan, cantando, en las eras.

Caras limpias, bien jabonadas, redondas, frescas; pelo brillante y estirado; blusas.

EL DOMINGO EN LA MONTAÑA

blancas; colorines chillones, la policromía del vestuario dominguero, a base de percal y dril.

Juegan al pilocho, al marro, a la marmarisola:

Las estrellas y el lucero,
las estrellas y el lucero,
han armado una porfía;
las estrellas, que es de noche,
y el lucero, que es de día.
Chun, la, láa, chun, la, láa...

Los mozos, en el juego de bolos:

—¡Qué! ¿La echamos?

—¡Hala! ¡Echaídela!

—Vaya; de tres, dos, la metá.

Y un mocetón alto, recio, un perfecto zan-
garullón de anchas espaldas, coge la bola.

Ante él, la tabla que ha de ir pisando la
bola; más allá, al terminar la tabla, tres bo-
los: cantón, medio y último, *de renque*.

Pisa fuerte en la parra, mira al pique, ar-
quea el brazo.

—Va de tira.

—¡Aprétale el gordo! ¡Que te se val

Y sale la bola, disparada como un proyectil.

—¡Se fué al royo!

—De poco entra en el portal del señor maistro.

—¡Bueno! En Madrí jugaron cuatro y perdieron dos.

Luego va quedando desierto el pueblo.

En cuanto anochece, se retira la gente.

Acaso más tarde, se oye el rasgueo de una guitarra y una voz áspera, estridente, que canta una copla muy jaleada:

No te enamores, mi vida,
de las hijas del alcalde,
que tienen un quita, quita,
quita, que viene mi padre.



RECUERDOS DE ANTAÑO

Era el día 28 de agosto de 1566. Gallardos jinetes—rígidos, atiesados—sobre hermosas mulas, negras y castañas, de gran alzada, bote rojo, buenos remos, seguros pisos, velas derechas y ancas redondas, iban llegando a la villa de Marquiniz clérigos cofrades, de teja monumental y abarquillada, de amplio manteo de negro intenso y mate prieto.

Todos se apeaban diestramente en la puerta de la casa que cedió a la cofradía «el benefiziado martin martinez de urturi y que está junto a la fuente principal de la villa, teniente a la de su sobrino».

Era el día señalado para el ayuntamiento anual de los cofrades de la «confradía de la assumption de la gloriosa virgen santa maria».

Pero en esta ocasión, aparte de las ceremonias y cultos religiosos de otras veces, se trataba de algo trascendental.

Las mujeres—que no eran admitidas por confradesas—iban y venían camino de la fuente, al ver tanta afluencia de clérigos, sin poder adivinar qué era lo que acontecía.

Los hombres hacían cábalas, más o menos aproximadas a la realidad.

De lo que se trataba era de restaurar la decadente *Confradía*, vigorizándola con unas nuevas ordenanzas, inspiradas en los antiquísimos estatutos, pero con la adición de alguna novedad, impuesta por la época.

Asistían todos los cofrades, clérigos y laicos, exceptuados los impedidos por alguna fuerte razón.

Y fueron aquellos «lope saez de saseta, Diego pérez de urarte, El bachiller Joan Mz. cura de marquiniz, francisco abbad de marquiniz, Joan Abbad de Ramos, martin mz. de Marquiniz, El bachiller Joan Ruiz de Alegria, martin abbad cura de parizuza, pero abbad de vaxauri, franco. abbad de vaxauri, Joanes de lagran, cura de urarte, El canonigo marauri, pero abbad cura de albania, franco. abbad de marauri, gonzalo abbad de saseta,

El cantor de llanos, pero mz. de pedruzo, pero mz. cura de Quintana, martin abbad cura de orturi, martin frez. cura de ovecuri, iheronimo cura de lagran, pero abbad cura de antecha, sancho abbad de saseta, Joan abbad de viana, Joanes de vallejo, pero abbad de azpileta, El bachiller uzquiano, pero abbad de llanos, migel abbad de axarte», clérigos; y otros, legos.

Presidía el «Canonigo marauri» a los cofrades reunidos en una sala espaciosa, sentados en bancos de roble, largos, anchos y recios.

El presidente, en un corto discurso, hizo consideraciones piadosas y atinadas, llenas de belleza y sinceridad.

Los clérigos y los laicos escuchaban religiosamente.

—Todos nós—decía el canónigo—y cada uno de nós sabemos cómo cosa cierta sea y no dubdosa, la muerte ser natural a todos los hombres deste mundo, y nenguno poderse della escapar; y la vida deste mundo transitorio ser así como la sombra sobre la tie-

rra, que propiamente cuando le parece estar más fuerte es nenguna cossa y de ser torna en no ser. El temor de Dios es principio y comienzo de todo bien, sin falacia alguna. Por ende es menester que nós y cada uno de nós que somos ayuntados en esta confradía, seamos prestos por acrescentar el servicio de Dios y de la Virgen gloriosa Santa María, por corregir y enmendar nuestras vidas y augmentar la salvación de más almas.

No tenemos—continuaba—firmeza ni seguridad alguna, ni confiamos en este mundo falledero ni en sus cosas, porque somos en él, como dice la Scriptura, así como peregrinos y advenedizos y semejantes a la hoja del árbol arrebatada del viento, y polvo esparzido y derramado sobre la tierra. Seyendo todos concordés en dilección y amor fraternal, así como hermanos en Yesucristo, habemos de procurar remediar acerca de nuestras vidas, por manera que nuestra flaqueza sea tolerada y el servicio de Dios sea augmentado, queriendo ultróneamente y sin premia alguna obligarnos a cumplir las con-

diciones y ordenanzas desta nuestra confradía, respetando siempre y considerando el buen zelo que nuestros antecesores tuvieron en la ordenar e instituir y la grande antigüedad della. Y para mayor seguridad, juremos a Dios nuestro Señor de las guardar y observar cumplidamente».

Y, levantándose todos, juraron, puesta la mano en el pecho los clérigos, y en la cruz, los legos.

Inmediatamente, don Joan Martínez de Lagrán, notario público y apostólico, requerido por los cofrades, remató de su puño y letra las ordenanzas y «fizo este su sino acostumbrado a tal, en testimonio de verdad».

Fueron aprobadas las ordenanzas por el Obispo de Calahorra y la Calzada, Joan de Quignones, en la villa de Villoslada, el día 13 de agosto de 1567.

De todo ello ya no queda más que ese viejo legajo, cuyos folios amarillentos, de rasgos borrosos e historiados, he ido saboreando con exquisita delectación.

COMO LOS TRILLOS...

Gapito es ya un mozo.
Cumplió los diez y ocho años en
el agosto.

Altas polainas defienden sus piernas de
las otakas y de los aguines punzadores.

Calza unas enormes botas, de un cuero
áspero y bruto. En las suelas, apretadas hi-
leras de tachuelas.

Una blusilla de dril, un escaparate de re-
miendos y desgarrones.

A la espalda, el zurrón.

En la mano, la cachaba.

La cachaba y el zurrón integran la perso-
nalidad del pastor.

El zurrón es su despensa.

La cachaba, su cetro.

Comienzan a piruetear en su fantasía los
faunos reidores, timadores de la inocencia.

Y en su corazón se agitan los primeros síntomas de la rebeldía.

Sus horas largas de reflexión van acentuando el malestar, que nace en el fondo de su alma.

Sentado sobre un ribazo, dominando la ribera risueña que limita un bello anfiteatro, formado por caprichosas y atrevidas revoluciones geogónicas, observa Gapito los movimientos de *sus* ovejas y de *sus* carneros.

Rumian o pacen, mordiéndolo el sabroso pajón del rastrojo, y la fina hierba de los baldíos.

Más abajo, allá, por Atxuriaga, comienzan a destacarse unas notas claras sobre un fondo oscuro.

Van creciendo... creciendo...

Es otro rebaño, el rebaño de la Goya, que se va acercando.

Goya es una muchacha colorada, robusta, con el velo de la candidez en sus miradas, y el sello de la ingenuidad en sus labios.

Sin citarse, se encuentran todos los días.

Se atraen por un impulso de simpatía mutua, hondamente sentida.

Son víctimas de una misma desgracia. Ni uno ni otra conocieron a sus padres.

Viven una misma vida, que va girando en el marco reducido de la montaña.

Antes que llegue el sol a los hayales de Arrausia, ya está Goya en el ribazo...

Los dos rebaños se mezclan, se confunden, como miembros conscientes de un mismo grupo.

—Anda, Gapito, que ya sabes en lo que quedemos...

—Amos, quita. Que, si a mano viene, has de dir aluego por ahí' neso diciendo que tal y que cual...

--Y eso, ¿qué tié que ver? Pues tú a alguno se lo oyerías...

—Me lo aprendió el señor Tanis en lo de Aspia.

—¿Es mucho triste?

—Por dicho de triste, muchazo, muchazo no es. Verás.

Estiró Goya sobre sus piernas las sayas remendadas; cruzó sobre ellas las manos, adoptando una actitud de gran recogimiento.

Gapito, de pie, apoyado por la espalda en la cachaba y entornando los ojos, comenzó su romance:

«Trabajaba un pastorcito
remendando su zamarra;
ve pasar a cinco lobos,
y en medio, una loba parda.

La loba, más atrevida,
un cordero se llevaba.

—Loba, deja ese cordero,
que a tí no te debe nada.

Si te chapo mis cachorros,
te dejarán maltratada.

—Yo me como a tus cachorros,
y a tí, si presto no callas.

—Arriba, perro rabón,
arriba, perra barrada.

Hala, que si la pilláis,
la cena teneis ganada,

y si no me la pillais,
llevareis con la cachaba.

Siete leguas la corrieron
por una oscura montaña,

y otras siete la corrieron
por una tierra muy clara.

Al subir un pechecito,
dando vista a una llanada,

—Ahí teneis vuestro cordero,
limpio y sano, como estaba.

—No queremos el cordero
de tu boca baboseada,
que queremos tu pelleja,
para hacer una zamarra...»

Gapito quedó mirando a Goya, como quien
aguarda un elogio,

—Pero, ¿s' acabao?—preguntó la pastora,
alzando la cabeza, y bordando un gracioso
mohín.

—Pa mí ya s' acabao, porque no sé lo en-
demás.

—Pues pa eso...

—Mira, vae ande el señor Tanis, que lo
sabe tó raso.

—¡Ande el señor Tanis!... Pero, ¿no sabes?

—¿El qué?

—Ha entregao la cabrada. Dicen que va a
dir al Hospicio.

—¡Pues ya!

—Eso dicen...

—¿Lo ves? ¡Si no hay peor oficio que el de pastor!

—Pa contalo.

—Y pa andalo. ¡Pobre señor Tanis! ¡Algunos peazos de yesca le tendré daos! ¡Qué humeras echaba!

—¡Y qué plantas!

—Pero ¡mujer! Cuando echas una parrafada, no está bien que digamos que se diga lo que no se debe; pero por una planta que se eche sin malicia... ¡bueno! Y si a alguno le turra... ¡qué! También turra la guindilla, que alampa, si es fina, y a tós mos gusta.

—Paece que le defiendes, Gapito...

—¡Que paezga! Me da mucho coraje lo que oservo. ¡A esa edá quedarsen solos!... Y el yegüero ha de hacer otro tanto. Dime tú, Goya, a ver qué chandrío hay en aquella casa. Amos, dime.

—Pues ya le rondaron lambiotones.

—Le rondarían. Pero hoy tiene una mala correa, y está solo. Lo qu' es a mí, te digo que....

—A tí t' han de hacer regidor.

—No quiero. Pero tampoco tengo de ser pastor. Por los sanjuanés cumplo. No me verás más, Goya... ¡Siempre pastor! Dicen qu' el difunto mi padre solía decir que los pastores son como los trillos: de jóvenes, siempre a rastras, y de viejos, al fuego...

Goya sentía oprimirse su pecho.

Algo había soñado, y el sueño se disipaba en un momento.

La revelación del pastor, del buen compañero, cubrió de sombras el horizonte de un porvenir, que la pastora presentía y amaba en secreto.

Por sus mejillas, intensamente rosadas, rodaron dos bellas lágrimas...



¡CUANDO NOS VOLVEREMOS A VER!

El tío Manolico y la tía Tomasica eran dos *tíos* menudos, acartonados.

Más de cuarenta años hacía que se habían casado, y jamás entró de puertas adentro—en la miserable casucha, donde se iban apergaminando—la más ligera sombra que oscureciese la felicidad conyugal.

Los hijos emigraron a la Argentina.

Y todos los años—por Navidad—enviaban a los ancianitos un cariñoso recuerdo, rebozado en agradables aguinaldos.

Mutuamente se ayudaban, mutuamente se consolaban, y juntitos, «bien aunidos», rezaban—al anochecer—el rosario, y la oración de las cinco llagas, y la del Santo Sudario, y la de Santa Polonia, sentados a izquierda y derecha del fogón, donde ardían débilmente dos tizonicos, menudos y arrugados, como ellos.

¡CUANDO NOS VOLVEREMOS A VER!

Era la época en que se atravesaba en la montaña una difícil crisis económica.

Durante la guerra civil, perdieron el ganado—la riqueza de la montaña—y no les quedó ni la yunta de bueyes.

—No te paece, Manuel, que dejemos la labranza?

—¿Ahora me sales con eso?

—Ya hace tiempo que ando dándole vueltas...

—Y ¿qué vida va a ser la nuestra, pobre mujer?

—¡Oña! Pues, chico, pa andar tó el día raso con el zadón en la mano, que ni tiempo pa comer nos queda, y a fin de año... San Silvestre, mejor nos tenía carbonear, como hacen otros, que me paece a mí que no les va mal.

—Pues no te falta razón, Tomasa. Hablas bien.

—Mira, que si haríamos unos cuartos, Manuel...

—Pues la del otro: cuartillicos y rosarios.

—Hay que ver que nos vamos haciendo viejos. Tú me llevas dos años, pero, pal caso,



igual tiene. Aún tienes correa pa dir a la sierra y hacer carbón. Ya lo tengo de llevar yo a Vitoria.

—¡Sí! ¡A arricotes!

—No, tonto. En la yegua de la señá Consuelo, que es segura y navega mucho. Le damos uno o medio, y podemos dir tirando.

—¿Sabes, Tomasa, que no me paece del todo mal?

Y el pobre tío Manolico bajaba de Larrea todos los días—ya de noche—trayendo sobre los hombros doblados dos costalicos de carbón.

Y a la mañana siguiente, a las tres o tres y media, se levantaban, aparejaban la yegua de la señá Consuelo, y cargaban el carbón.

Tirando del ramal, acompañaba a la tía Tomasica su marido, hasta la fuente de Rebidea.

—Te traes una otana y un tiracol, no te

¿CUANDO NOS VOLVEREMOS A VER!

vayas a quedar plantá en mitá de la sierra, como est' otro día.

—Y aún me quedarán cuatro reales.

—¡Qué bien marchamos! ¿Lo ves, Tomasa?

—Gracias a las monjitas...

—La verdá es que nos pagan mucho bien. Hemos de llevarles estas Pascuas un celemín de nueces del nogal de Legurria, por el acuerdo de los escapularios...

^ Llegaban a la fuente de Rebidea.

¿Iba a terminar el suave idilio de los ancianitos? Se detenían. Se miraban.

—¡Vaya!—decía el tío Manolico.—¡Adiós, Tomasa!

—¡Adiós, Manuel! ¡Cuándo nos volveremos a ver!

—¡Ea! Que ya te tengo de acompañar otro ratico, mujer.

Y volvían a caminar, silenciosos, por la pendiente de Rebidea arriba, envueltos en la oscuridad, y pisando la escarcha.

Subían hasta «el corral del cantero».

—¡Vaya! Que se va haciendo mucho tarde.
¡Adiós, Tomasa!

—¡Adiós, Manuel!... ¡Cuándo nos volveremos a ver!...

—¡Pues ya! Mejor será que subamos otro ratico...

El dolor de la separación—una separación de doce horas—entristecía los dos corazones.

La emoción que ponía en sus palabras la tía Tomasica llegaba hasta el alma a su marido.

¡Nunca habían estado alejados el uno de la otra tantas horas!

Juntos laborearon en las piezas, juntos «pascuaron» con sus parientes, juntos trabajaron en la era.

Ya estaban en Garapeta.

Izarza, a la derecha. Okina, a la izquierda. Enfrente, lejos, detrás de un cordón de montañas, Vitoria, con el temblor de sus luces.

—Mira, Tomasa, ya apunta la luz por el solano. Tendré que volverme, que aguanta mucho el día... ¡Adiós, Tomasa!

¡CUANDO NOS VOLVEREMOS A VER!

—¡Adiós, Manuel!... ¡Cuándo nos volveremos a ver!

Y se despedían, mirándose.

La tía Tomastica volvía la cabeza.

Lo mismo hacía el tío Manolico.

Pero... ¡Ya no se veían!...

Y esto, un día, y otro, y otro...

Un día de nieve regresaba—a la tardecica—de Vitoria la tía Tomastica.

Al llegar a Galarza, dió un grito, que espantó a la yegua.

Era sangre... sangre sobre la nieve.

Un doloroso presentimiento encogía su corazón.

¿De quién había de ser aquella sangre, sino de su pobre Manolico?

Siguiendo las huellas abiertas en la nieve, continuó hacia su casa.

Al bajar por Rebidea, oyó que las campanas doblaban a muerto.

Y se encontró con unos vecinos, que comenzaron a decirle cosas insustanciales, atropellándose, tartamudeando, y sin apar-

tar la vista de los ojillos llorosos de la tía Tomasica.

Pronto le dieron la horrible noticia.

El lobo, que vino huyendo de Urbasa, sorprendió al tío Manolico en plena sierra.

Y se cebó su boca sanguinaria en aquella armazón, revestida por una piel rugosa y seca.

Arriba estaba el cadáver ensangrentado.

Las manos,—duras, frías, blancas—sobre el pecho, unidas las palmas y atadas a la muñeca con una cinta azul. Sobre la cinta, un rosario. A los pies, la Bula de la Santa Cruzada.

Entró, resignada, la tía Tomasica, y se sentó a la cabecera del muerto, y estuvo rezando... rezando...

Y, al quedar sola un momento, agarró las manos del difunto tío Manolico, y clavando sus ojos en los ojos entornados del muerto, como si quisiera absorverlos, dijo, sollozando:

—¡Ay, Manuel, Manuel! ¡Pronto nos volveremos a ver!...

LOS ALEGATOS DEL TÍO BORRASCA

Válgame! Y ¡qué ardua pa' dir a la pieza un día como hoy!...

Decía la tía Gaspara, una montañesa fibrosa, de ojillos ribeteados y lengua suelta; una de esas pobres mujeres, a quienes lleva a «juncirse» el garbo flamenco de un hombre, como Borrasca, el mejor tirador de bolos en sus buenos tiempos, el más hábil «tañista» del contorno, el mozo más jaque, más bravo, más forzado de la aldea.

Ya las cosas habían cambiado.

De todos esos ornatos, no quedaban al tío Borrasca más que su gran *esponja* y un humor endiablado, cuando trabajaba a seco.

—Pero, mira, Gaspara. Mira al cierzo, y dime si es cosa de salir, con la tocata que va a venir...

—Qué tocatas, ni qué procesiones! Lo que hay es que tú has visto a Chirola con dos

pellejos, y eso es lo que a tí te trae a mal andar.

—Que tras de un día viene otro día, mujer...

—¡Sí! Y en juntándose el hambre con las ganas de comer...

—Escúchame, Gaspara...

—¡Chiflos!

—¿Sí? ¡Mira que a razones no me has de ganar!...

—Vete a la pieza, y déjate de razones y de coplas.

—Oyeme, si quieres...

—Es que no quiero.

—Pues, óyeme, aunque no quieras. Cuando trajimos la otra cántara, y no me dejarás mentir, no me diste un día de sosiego. Que era muy caro, que era muy agrio... Y era vino de Elvillar!

El vino de Elvillar,

beber y callar.

Pues déjame que ahora lo pruebe, y vea si nos conviene quedarnos con un pedazo.

LOS ALEGATOS DEL TÍO BORRASCA

Me se afigura a mí que este vinillo tiene otra gracia... Y ya sabes también que es vino nuevo, y

por San Andrés,
el vino nuevo
añejo es.

Y comenzó a bajar las escaleras.

—¡Pero, qué hígados, Virgen! Por algo te llaman y te llamarán *Borrasca*, marido sin entrañas.

—¡Gaspara! ¡Que me ofendes en el nombre de pila!—dijo el tío Borrasca, deteniéndose y fulminando con sus miradas una seria amenaza.

—Pero si tú no puedes estar bien bautizao, pa que vengas hablando de pilas... A tí te bautizó la comadrona con vino.

—¡¡Gaspara!!—rugió el marido, próximo a estallar.

—¡Vaya usté a la gloria!

—Cuando en mi casa
me hablan de usté,
bajo las escaleras
de tres en tres.

Y entró—como una exhalación— en la taberna.

¡Qué sabroso, qué espumoso, que saltarín, el vino que trajo Chirola!

—Dos pellejos!...—decía el tío Borrasca.—
Doscientos, como este, se ferian en un verbo. Y no es porque estés tú delante. A esta se lo tengo dicho más de una vez. Yo no sé qué gracia tenéis vosotros pa posar el vino, pa clarificarlo. Porque tienes ahí el vino de Nabarra, que es una cosa tosca, áspera, que te da p' atrás el beberlo...

Comenzaba a trabársele la lengua.

Tenían sus ojos esa vaga inexpresión, precursora de la embriaguez, esa mirada de los que piensan en algo, sin darse cuenta de que están pensando.

No dejaba de hablar, con ese interés que tienen los borrachos en aparentar una lucidez que no poseen, sin conseguir otra cosa que denunciar su estado, resbalando en unas sílabas y atascándose en otras.

Sentado en un banquito de roble, ante un

gran escriño colocado boca abajo, iba vaciando varias jarras de media azumbre.

—Echa otro cuartillico...

—Pero, hombre, por Dios—observaba la tabernera.

—Amos, tira, que

igual tiene un amén,
que cién.

Escuchaba Chirola, complacido.

Cada viaje a la aldea suponía para él una porción de reales.

¡Cómo gozaba el simpático arriero, oyendo las cosas del tío Borrasca!

Este fué sacristán en algún tiempo. Y ¡qué voz tenía! Y ¡cómo cantaba «la Magnífica de Roma!»

Cobró cierta afición al latín, y no desperdiciaba ocasión—o las buscaba—de lucir sus conocimientos, que asombraban a los aldeanos, cuando no les hacía reír.

Sacó del bolsillo un zoquetico de pan moreno, y lo introdujo en la jarra.

—¿A que no sabéis cómo se llama en latín ese corrusquico de pan?—preguntó, adivi-

nando la ignorancia de Chirola y de la tabernera, y comentándola con una mueca de compasión.

—¡Qué cosas tienes!—dijo la mujer.

—Es mucho largo, pero lo vais a ver:

Partícula panis
in bolsillo servata,
in taberna sacata,
ad echandum cuartilum,
máxime accomodata.

—¡Jesús, que letanía!

—Eso, pa que vengais diciendo que uno ya no vale pa ná... Echa otro cuartillico...

La tabernera, que estimaba a su clientela, sufría, cuando algún vecino doblaba el codo más de lo conveniente.

El tío Borrasca era un caso incurable.

No valían razones, consideraciones amistosas, indirectas punzantes, ni una franca oposición.

De no empezar a golpes con él, nada se podía lograr.

«El que está de Dios que muera a oscuras

LOS ALEGATOS DEL TIO BORRASCA

—solía decir—así morirá, aunque su padre sea cerero».

Llegó a casa, tambaleándose. Besó los adoquines más de una vez. Parecía que había crecido su lengua. Era pequeña la boca, para poder moverla libremente.

Babeando un montón de tonterías, se metió en la cama.

Y, a la mañana siguiente, tosiendo como un condenado, pidiendo agua a gritos, desazonado y febril, saludó a la pacientísima Gaspara, diciendo:

—Noches alegres,
mañanas tristes,
lobo del alma,
¿dónde te *fuistes*?



GRILLO, AFORTUNADO

Era Grillo un malandrín sin enmienda, una feria de guiñapos, un costal de verdugones, un hijo pródigo, a quien gustaron las bellotas.

Saltimbanqui de todos los aprendizajes, tomó en serio el problema de la vida.

Ponderando en el *recogimiento* de la taberna—ante una jarra de peleón, mellada y sin asa—lo caduco de las cosas terrenas, lo deleznable de las riquezas, la bellaquería de los esfuerzos humanos por lograr un bienestar que luego se desbarata... resolvió hacer frente a la vida, sin trabajar.

Un trago de cuartillo selló y refrendó el acuerdo.

Explotó todas las desgracias, agotó todos los recursos que le ofreció su ingenioso, fecundo y endiablado caletre.

Fué cojo, manco, ciego, tullido, en las puertas de todas las iglesias.

Luchó en todas las guerras, corrió todos los pueblos, sufrió todas las calamidades.

Su última y definitiva postura fué la de un vulgar mendigo, que va alargando la mano de puerta en puerta, ladrado por todos los perros, burlado de todos los chicos, entregado a todos los diablos; recogiendo zoquetes y céntimos, para ir luego a una taberna—su refugio sempiterno—«beber media», morder un mendrugo, y dormir en el pajar.



Hacia ya algunos días que se veía a Grillo muy pensativo y turbado.

Las taberneras—confidentes de Grillo—se devanaban los sesos, y tiraban del anzuelo—bien cebado—sin conseguir que cantara.

Y una mañana desapareció de la zona, en que ejercía su *profesión*.

Carretera adelante — o culebreando por senderos tortuosos—saltando matos, pisando

espinos, iba Grillo, camino de parajes ignorados.

¿Le había hastiado aquella vida de bohemio? ¿Pretendía redimirse de una vez? ¿Buscaba la olla de algún asilo? ¿Se iba a tirar al mar?

Grillo corría, corría, sin mirar atrás, arrastrando los pingos de su terno astroso, peinando con sus dedos largos la cabellera enmarañada, mientras bailaban en sus labios cantidades fabulosas...

Un monarca de países lejanos perdió su anillo más preciado, el anillo de un valor incalculable, el que estimaba más que todos los tesoros de su reino.

Invitó—mediante el ofrecimiento de una suma crecidísima—a los adivinos, brujos y agoreros del mundo entero, para que aplicasen su ciencia a la tarea de dar con la joya perdida.

Llegó la noticia a Grillo, y—ni corto ni perezoso—se dispuso a probar fortuna.

Ante la escalinata de mármol del Palacio Real, discurría Grillo, rascándose la oreja:

—Total... ¡bueno! Acaso no sea del todo decoroso, pero no es cosa de pararse en melindres. Son novecientos mil reales los que se me plantan delante de las nárices. Y ¿quién me asegura que no he de ser yo el que tropiece con esa tontería de anillo?

Y estiraba el cuello, mirando a todos lados.

Y continuaba:

—Y, aunque así no fuese, ¿quién me quita de comer durante tres días al estilo de los reyes? ¡Cuándo te verás en otra! ¿Que no doy con el secreto, y me matan como a un sapo? Entre morir en un hospital o morir en un palacio, opto por el palacio. ¡Lánzate, Grillo!
¡Y se lanzó!

Paseaba nerviosamente el rey en la amplia terraza de su palacio, cuando le presentaron a Grillo.

El monarca no pudo disimular su sorpresa ante la pretensión de aquel andrajoso, que así se acercaba a su real presencia.

—Pero... ¿tú...?

—¡Señor!—le interrumpió Grillo, hablando con pomposa solemnidad.—Yo desentierro lo que está oculto una legua bajo tierra, y juego todas las noches con las estrellas. No me preguntéis quien soy.

—Pero ese aspecto...

—¡Ah! Mi ropón constelado, salpicado de lagartijas y triángulos, está sobre el ara de mi templo. Aquí lo hubiese profanado... Hoy vengo a pedir... a pedir al misterio vuestro anillo. Y vengo vestido al modo de los pobres, que mendigan en los pórticos de mi templo indio.

—¡Oh! ¡Sois un fakir disfrazado! Os han conocido mis mastines dálmatas. Y os han respetado.

—No sabreis quien soy. No os importa saberlo. Introducidme en vuestro palacio, que veo asomar a la estrella de mis altares, sacudiendo su melena de oro...

Fué conducido Grillo a un espléndido sa-

lón, fantásticamente decorado, un museo de pieles y tapices raros.

Estuvo tentado de guardarse algo, pero venció a la tentación.

Había muchos metros desde la ventana al jardín, y abajo rondaban los temibles mastines.

Se moría de hambre... Pero se deleitaba en expectación de los tres magníficos días, que le aguardaban.

Su conversación con el rey le había engreído.

Paseaba, como un príncipe, en el salón.

Un olorcillo suave cosquilleó su olfato, corriendo a saludar a aquel estómago desfallecido.

Entró un criado, portador de sabrosas viandas.

Meditaba Grillo en los tres días de regios banquetes, cuando le distrajo el servidor.

—¡Bendito sea San Bruno!,
que ya he visto uno,

exclamó, sentándose ante la mesa, llena de manjares exquisitos.

El criado estuvo a punto de rodar por el suelo.

Pálido de espanto, saltándosele los ojos, salió del salón, dirigiéndose hacia dos de sus compañeros de servicio.

—¡Por los cuernos de todas las cabras! Me parece que estamos perdidos.

Les dijo lo que Grillo dejó traslucir en su exclamación, y acordaron que al día siguiente le sirviese otro de la terna.

Efectivamente. Se presentó otro de los criados, cuando Grillo saboreaba el festín que se le preparaba para el segundo día.

—¡Bendito sea Dios!,
que ya he visto dos,

dijo, acariciando su barbilla puntiaguda, y sin fijarse en el criado, que corrió, disparado, a confirmar lo que su compañero sospechaba.

—No hay que apurarse—les dijo el tercero de los criados.—Iré yo mañana, y veré si realmente ha descubierto el robo. Acaso no hayais oído bien.

Sirvióle la comida al día siguiente, y, al verle Grillo, agradecido a la esplendidez del rey, bendijo el tercer día de palacio, diciendo:

— ¡Bendito sea San Andrés!,
que ya he visto los tres.

— ¡Por lo que usted más quiera, mago celestial!—suplicó el criado, llorando y arrojándose ante Grillo.—Nos ha descubierto, pero no nos delate. El castigo sería espantoso.....

Grillo, que había creído tener delante a un pobre loco, se dió cuenta de lo que ocurría, y adoptando un aire de protector decidido, sin poder disimular su loca alegría, le dijo:

— Bien, muy bien. Me agrada tu sinceridad. Los tres criados habéis robado el anillo...

— Los tres, señor, pero yo...

— Nada, nada. Y ¿dónde está?

— Lo hemos guardado.

— Pues lo necesito inmediatamente.

—Nos denunciaréis?

—No tengais miedo. Os salvaré.

—Y ¿qué vais a responder cuando os pregunten...?

—Ahora mismo vas a traer el anillo; lo metes, como puedas, en el papo de aquel pato amarillo que picotea en el jardín, y nada más.

Toda la corte rodeaba a los reyes, que se sentaban en sus magníficos tronos.

Habían transcurrido los tres días, y los adivinos tenían que rendir cuentas.

Varios habían fracasado, cuando se presentó Grillo, orgulloso de sus harapos, levantando cuidadosamente los guñapos colgantes, orondo de satisfacción.

Miraba a todos de potencia a potencia.

Estuvo a punto de besar el suelo, por haber tropezado en una alfombra rarísima, felpuda y polícroma.

El rey, clavando en él una mirada inves-

tigadora e inquieta, le preguntó con gran solemnidad:

—¿Dónde está el anillo?

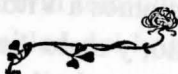
—En el papo del pato amarillo,

respondió Grillo, con la seguridad de un brujo auténtico.

Corrió por el salón un murmullo de incredulidad.

Insistió Grillo. Se decapitó al pato. Se encontró el anillo.

Cobró el truhán los novecientos mil reales, y colorín, colorao....



YO, TRES, Y TU, DOS...

Calixto defendió siempre, en las tertulias de los mozos de cuadrilla, la supremacía del hombre en el hogar.

—A mi me revientan las mujeres dominantas—decía, mientras jugaban al mus en la taberna.—Igual tiene que sea una o que sea otra... Tres envido.

—Quiero, y paso a chica... Pero no hagas caso, tú, Calixto, que otro tanto te ha de ocurrir a tí... Pares, no. Que al más majo se la pegan, hombre...

—Llevo parejas... ¡Caso en diez colorao!... Est' otro día bajemos a Vitoria, y hablemos... Ello será pronto, y malo ha de ser que no podais hacer de bueno lo que tantas veces sos tengo dicho.

Y el día de la boda, tuvo Calixto una idea peregrina.

Ante todos los invitados, presentó unos pantalones a la Mamerta, su mujer, diciéndole:

—¡Mamerta! Toma, ponte eso...

—Pero, chico, tú estas malo...

—Que te pongas eso, si quieres. Hoy es el único día que te dejo llevar los pantalones de la casa.

Ingeniosa y aleccionadora fué su ocurrencia, pero no tuvo eficacia alguna.

Cuando una mujer observa en su marido un afán decidido—improcedente, muchas veces—por conservar su puesto, que no se le discute, es cuando ve resentida su dignidad; y la que antes era compañera dócil y amable, se torna en rival temible, con gran quebranto de la felicidad del hogar.

Transcurrieron lindamente los primeros meses.

Pero pronto comenzó a advertirse una sorda lucha por la conquista del poder doméstico.

Calixto razonaba, adornando sus discursos con una mímica ateneista.

Mamerta lloraba, gritaba, pateaba.

Aquel cedía. Esta galleaba.

Meditando un día Calixto, mientras distribuía el pienso al ganado, se decidió a no transigir.

—¡Vaya!—se dijo—Esto ha terminado. De aquí ya no paso.

Precisamente aquel día no había en casa más que cinco huevos.

Se sentaron a la mesa.

Mamerta puso en un plato los cinco huevos, fritos.

—Hay cinco—dijo gravemente Calixto.—
¿Te parece que coma yo tres?

—¡Qué majo! ¡No, no! Yo, tres, y tú, dos....

Un momento de silencio.

El marido se movía, inquieto. Una tempestad espantosa se desencadenaba en su cabeza, al parecer.

La mujer no apartaba la vista del plato.

Y O , T R E S , Y T U , D O S . . .

—¡Por vida de San Juan de Luz!.... Pero, ¿no comprendes, Mamerta, que yo llevo el rigor del trabajo, y que me toca comer más?

—Y yo tengo que criar y que trabajar. Además, las mujeres semos más débiles. Yo, tres, y tú, dos...

—¡No; yo, tres, y...

—¡No quiero nada!

—¡Pues no quieras!

—¡Y me pongo mala!

—¡Que te pongas! Yo, tres, y tú, dos...

Mamerta salió de la cocina y marchó al dormitorio, metiéndose en la cama.

Enseguida se presentó allí su marido.

—¡Ay, Calixto! ¡Que estoy mucho mala!... Que venga el señor cura, Calixto, por Dios, que venga...

—Pero, mujer, no seas testaruda. Atiende a razones... ¿No te parece que yo...?

—¡Que no quiero!

Se oyó un toque de campana. Algún dia-

blo andaba por medio. Los vecinos llegaban, alarmados.

—Mira, Mamerta—decía Calixto, acercándose al oído de su terca mujer.—Que te van a llevar al camposanto... Que si tú te empeñas en morirte, yo voy a seguir la broma, y...

—No me importa... Yo, tres, y...

—Pues no ha de ser lo que tú digas, ¡contral!

Camino del cementerio, se hablan con los ojos marido y mujer.

Ya están ante el foso.

Calixto se arrodilla, y permanece discutiendo—en voz bajísima—con Mamerta.

Está abierto el hoyo. La caja, en el mismo borde, sobre dos cuerdas.

Quedan los cuatro conductores y el enterrador.

Este, a pesar de estar acostumbrado a los dramas del cementerio, se emociona, y dice:

—¡Pobre Calixto! No creí que quisiese tanto a su mujer. ¡Y lo que decía la gente! ¡Pa que te fies!...

Habla el matrimonio:

—¡Mamerta! Mira el hoyo. ¡Míralo! Que no va de broma. Que te enterramos... Dí que yo, tres....

—¡No! ¡Aunque me entierren!

— ¡Oña! — grita el marido, levantándose como una furia, con gran espanto de los que allí estaban.—¡Cómete los cinco!

No es posible describir el susto de los conductores y del enterrador, cuando vieron que—al conjuro del marido—se levanta la *difunta*, dispuesta, sin duda, a devorarlos.....

Galoparon, sin atreverse a mirar hacia atrás.

No sé si Mamerta se comió los cinco huevos, o se sintió espléndida...



¡VAYA UN PISITO, MI AMIGO!

Sebastián, el mocetón forzado, de toscas facciones, de cejas grandes y cerradas, de ceño arrugado, de enormes manazas enguantadas de barro, planeó a su padre la cuestión, con la elocuencia de un toro: bramando y embistiendo.

—Le he dicho que me marchó. Ya no aguanto más.

—Pero, hijo, ¿qué tienes que aguantar?

—Lo sé muy bien.

—Pues tu dirás.

—De sobra lo sabe usted. Dende que vino a casa mi cuñado, ya veo la marcha que lleva esto.

—La de siempre...

—¡Nó! Yo trabajo...

—¡Para tí!

—¡Pal diablo!

—Mira lo que dices, Sebastián.

¡VAYA UN PISITO, MI AMIGO!

—No tengo que mirar nada. Lo que hago es marcharme, y hemos terminao.

¡Y terminaron!

Llegó Sebastián a Barcelona, como uno de tantos braceros, y mendigando a las puertas de las fábricas, logró colocarse, como peón, en una de ellas.

Los primeros cuartos que ganó, fueron a parar a una mercería, donde compró una corbata. Luego visitó una zapatería, y allí, por veinte pesetas, se hizo con unos zapatos, que querían ser elegantes.

Se dejó crecer el pelo, y paseaba los domingos por las Ramblas, con ínfulas de delegado del Soviet ruso, afeitado.

Tenía todos los rasgos de un comunista analfabeto.

Al cabo de algún tiempo, quiso dar una vueltecita por su pueblo, para eclipsar, con el lustre de su fachenda ciudadana, la cultura mate de la aldea.

Era un domingo.



No se veía un alma por la calle.

Al poco rato, vió que la gente—todo el pueblo—salía de la iglesia.

Se dirigió al grupo de los mozos, estrechando las manos de sus amigos, sonriente y fanfarrón.

—Ya creí que os había dado a todos por emigrar.

—¡Cá, hombre! A nosotros no nos amiten por ahí.

—¿Qué hacer, hombre? Claro es que hay que saber presentarse...

—Pero, bueno; en estando aquí bien, buena gana de...

—Sí, pero..... ¡oh! ¡Si vieseis aquello!.... ¡Aquello es un pueblo, y no esta porquería! Los mozos se miraron.

Y continuó el peón, arreglando su corbata de 0'60:

—Asfalto en las aceras y en las calles; y ¡unos cafeses! Pero, ¿aquí? ¡Vaya un pisito, mi amigo! Me he puesto los zapatos, que si me ven en Barcelona, no me conocen. Y seguramente, aquí no habrá betún...

¡VAYA UN PISITO, MI AMIGO!

—Betún... betún... El señor cura, malo será que no lo tenga...

—¡Ay, no! Antes me daba con cal viva.

—Pues, ¿y eso?

—Dejame de curas. He aprendido mucho...

—¡Hola!

—Sí, mucho. Y lo que me queda.

—Eso me se hace amí...

—Por de pronto, allí, en Barcelona, eso de ir a misa, es un cuento. Y ¿confesarse?...

—¡Otro cuento!

—Tú lo has dicho.

—Y ¿no has tenido reparo en venir por aquí, sabiendo que nosotros oyemos misa y nos confesamos?

—Cada uno es cada uno.

—¡Caramba! Pero, ¿tampoco sabías como estaba el pisito?

—¡Vaya un pisito, mi amigo! Si estuviesen aquí mis amigos de Barcelona...

—¿Los que no se confiesan? Pues, chico; los que no se confiesan son los que nos lo estropean...

Han pasado tres años.

Sebastián continuó siendo en Barcelona tan animal, como en su pueblo. Un animal, con corbata y pelo largo.

Hubo una huelga, y algún disparate haría Sebastián, que tuvo que salir de allí, como un rayo.

El hambre, la miseria, le arrastraron a su pueblo.

Por una especial recomendación del señor cura, se le admitió para pastor de las cabras.

Todo su lustre ciudadano había desaparecido. Era un hampón de aldea.

Al día siguiente de haber tomado posesión de su *cargo*, iba al monte, siguiendo al ganado, metiéndose en los charcos, y embarrándose hasta las rodillas.

A la salida del pueblo, se encontró con uno de sus amigos.

Su saludo al nuevo pastor fué este:

—¡Vaya un pisito, mi amigo!

El pobre Sebastián siguió cuesta arriba, mirando a sus alpargatas, abiertas y mojadadas, que parecían reirse del fanfarrón...

LA VENGANZA DE PACHO

Insigne trapisondista, agudo en sus iniciativas, fecundo en sus diabluras, era Pacho el alma de todas las conspiraciones de su pandilla, de las que había de resultar una víctima descalabrada.

Se le temía como a un ciclón.

En sus ojillos vivos, que parecían querer saltar de las órbitas, estaba fielmente retratada su alma inquieta.

Cuando parpadeaba fuertemente, parecía que de sus ojos quería salir la revelación de alguna travesura en proyecto.

Pacho fué quien — con asombro de las gentes — estuvo de charla con la estatua de Mateo de Moraza, levantada frente a la Diputación.

El fué quien convenció al secretario de un ayuntamiento vecino de que andaba por los alrededores del pueblo un oso blanco, y le

hizo redactar partes al gobernador y a los alcaldes de los pueblos limítrofes.

Y toreó a muchísimos incautos de la manera más pintoresca...

Pero el más diestro se descuida alguna vez.

¡Y no fué pequeña la broma que le dió a Pacho su amigo y camarada, el tío Chumenea!

—Me parece, tú Pacho—le dijo un día el flemático tío Chumenea, con su hablar sosegado y machacón—que andan jabalines aquí' nesto.

—¿Jabalines? ¡No fuera malo!

—Te digo, Pacho, que andan jabalines. En mi pieza de Alzaia han dormido anoche.

—¡Siempre les habrás oído ronquear!

—Pues la cama bien marcada estaba. Y en los haces buenos pizcos han dao.

—Bueno. Y ¿qué quieres? ¿Que estemos a la espera esta noche?.

—Eso me tenía yo pensao. Creo que tendremos caza, Pacho.

—Y ¿si no vienen?

Clavaba Pacho sus ojillos saltarines en la cara redonda, llena, del tío Chumenea.

Este se detuvo un momento, como reflexionando.

Con el índice en la frente, y mirando al suelo, dijo:

—Me parece a mí, Pacho, que están mucho vezaos, y que no fallarán ¿Tienes balas?

—Pa matar a tós los jabalines de Izkiz...

—Pues tráete un buen pedazo, que menos de cuatro no son...

Las diez de la noche.

En la pieza de Alzaia. Grandes haces de trigo desparramados por la pieza..

Los dos amigos, con las escopetas de dos cañones terciadas, y el cinturón de municiones bien preparado, se disponen a tomar posiciones.

La oscuridad es absoluta.

—Tú, Pacho, en esta acequia estarás bien. No fumes, que se pueden espantar. Y ya sa-

bes: toses bajico. Yo estaré junto al camino, detrás de un haz.

¡Con qué ansiedad aguardaba Pacho la aparición del jabalí!

Sentado en la acequia, sin soltar la escopeta cargada, y levantados los gatillos, aplicaba los oídos a uno y otro lado.

Pasaban las horas. Ningún ruido sospechoso se oía.

Comenzaba a impacientarse y a sentir sueño. Dió algunas cabezadas.

De pronto, se echó a la cara la escopeta. No había duda: eran los jabalíes.

Un ruido bronco corría por la pieza. Iba subiendo gradualmente, y luego desaparecía.

—¡Y no haber luna!—lamentaba Pacho.

Volvía a oír el mismo ruido alarmante.

¿Sería víctima de una sorpresa?

Tosió. Nada.

Tosió más fuerte. Nada.

¡Y siempre oyendo el mismo ruido!

Llamó, temblando de miedo, al tío Chumenea. Este no respondía.

De puntillas, y con la escopeta dispuesta

a ser disparada, fué acercándose al camino.

Detrás de un haz, tumbado sobre unas gavillas, dormía el tío Chumenea, roncando con toda su alma.

Le despertó a culatazos.

Y no se dió por ofendido.

—Pues verás — le decía a Pacho el tío Chumenea, mientras iban hacia casa.—Este otro año me robaron diez haces, por ser un descuidao. Y ayer me dijo la Alfonsa, dice: Andan jabalines. Y lo que yo me dije: bien. Pasao mañana trillamos el trigo de Alzaia, que es el que paga mejor. Y pa que no se rían los jabalines de dos patas, me voy allá esta noche con Pacho, lo cuidamos, y que vengan, que vengan...

Pacho se reía a carcajadas.

Ya nadie se acordaba de aquello.

—Esta tarde voy a coger el águila. ¿Vendrás conmigo? — decía Pacho al tío Chumenea

—¡Qué ha de hacer, hombre!

—La voy siguiendo, la voy siguiendo, y ayer mesmo la ví, ¿dónde dirás?

—Qué sé ol

—En la peña del Castillo.

—Bueno; pues iré con los chicos, que la gente no estorba. Y ¿quién se va a colgar?

—Igual tiene que me cuelgue yo. ¡Tantas veces me he colgao ya!

—Sí, porque los chicos, ya sabes.

—No es que tenga uno más habilidá, pero tus chicos no están acostumbraos...

—Pues no hay más que hablar. ¿Esta tarde?

—Bueno; esta tarde. Ya te tengo de llamar.

La peña del Castillo es una gigantesca mole de piedra, incrustada en la falda violenta de Alraspia.

Por su lado norte comunica con la tierra, por medio de unas peñas auxiliares, que permiten ascender al extremo más elevado.

Por el sur está cortada a tajo.

Da escalofríos asomarse al labio de la peña.

A unos diez metros de la base y otros tantos de la altura de la peña, se abre el agujero, en el que tiene su nido el águila.

Para cazar los aguiluchos, no hay más remedio que valerse de una cuerda.

Bien amarrado, comienza Pacho a descender, sujetando la cuerda el tío Chumenea con sus dos hijos.

—¡Cuerdaaaa!.. grita Pacho.

Y los de arriba van cediendo.

—¡Cuerdaaaa!..—sigue gritando el intrépido acróbata.

Y el tío Chumenea, agotada ya la cuerda, alarga el brazo todo lo que puede dar de sí, atropellándose las manos de los tres familiares en el extremo de la cuerda, sin atreverse a mirar hacia abajo.

Unos momentos de gran ansiedad.

Pacho no dice una palabra. Sin duda, está ya en el agujero. ¡Acaso está luchando con el águila!

—¡Tiraide p' arribal—grita Pacho.

Y comienzan a recoger cuerda los auxiliares.

—A... ¡una! A... ¡una!

Y, al hacer un gran esfuerzo, caen los tres de espaldas.

Abajo se dió un grito de dolor.

—¡Ay, ay! ¡Que me muero! ¡Que me muero!

Locos, desesperados, corrieron el tío Chumenea y sus hijos, saltando por las peñas, magullándose, sangrando de la cara, de las manos, para auxiliar a Pacho.

Y Pacho—fumando un cigarro—les aguardaba, sonriente.

¿Qué había ocurrido?

Que Pacho, para vengarse del tío Chumenea, bajó a tierra, ató una piedra a la cuerda, y la piedra cayó, cuando la subían, sudorosos y con una exquisita solicitud, las víctimas de Pacho.



MILAGROS DEL SEBO

Goda zona de población, más o menos extensa, ofrece una colección de leyendas divertidas, en las que se pone de manifiesto el ingenio obtuso, la candidez más supina de un pueblo.

Ello es debido a la rivalidad de los pueblos fronteros, o al humorismo de los pícaros, o a ambos motivos.

Acaso en más de una ocasión, la leyenda tiene un fundamento lejano...

Serriamente preocupado estaba el ayuntamiento de Añastro, porque el banco de la iglesia, en el que se sentaban los «días de incienso», resultaba escaso para los concejales.

¿Cómo resolver tan difícil problema?

¿Sentándose en otro banco algún concejal?

¡Esto era muy odioso, y daría lugar a gran-